

res a la nochebuena, como el Niño Jesús es todavía muy pequeño para comer manzanas, renuncia al cuarto trozo y lo ofrece a María a fin de que ella lo dé a su hijo.

Semejante religiosidad conduce también a la multiplicación incontable de representaciones, conceptos y usos. Prescindiendo de las modificaciones cualitativas acarreadas por aquellas manifestaciones, su sola cantidad llenaba de alarma a muchos graves teólogos. Llegóse así a una notoria confusión de las esferas religiosa y temporal.

Más adelante se ocupa Huizinga de los tipos de religiosidad. Nota la frecuencia con que se ofrece el contraste de piedad y pecado, y cómo se suceden las alternativas de la tensión religiosa así en la masa del pueblo como en figuras de más alta significación. Felipe el Bueno, hombre de magníficas fiestas, de incontables bastardos, astuto, orgulloso y colérico, tiene rasgos de una sincera piedad. Se trata de una tensión entre dos polos, apenas concebible para el espíritu moderno, pero que encaja perfectamente en el dualismo que importa la fe en un reino de Dios al que se opone el mundo real del pecado. Los sentimientos más altos y puros son aquí absorbidos por la religión, en tanto que los impulsos naturales quedan constreñidos a un nivel mundano que se desprecia como pecaminoso. De esta manera coexisten en la conciencia del hombre medioeval dos concepciones de la vida. Pero si, por una parte, la concepción piadosa incorpora los sentimientos morales, por otra, el

sentido mundanal de la vida, abandonado por completo al demonio, se entrega a una venganza desenfrenada.

De los capítulos que integran el volumen, todos sugestivos y penetrantes, los tres últimos se proyectan, como síntesis, sobre la cuestión que dió origen a la obra entera, esto es, la necesidad de entender mejor el arte de los hermanos van Eyck y de sus seguidores. Logrado el propósito de Huizinga de precisar la conexión de aquel arte con la vida de su tiempo, ha resultado un cuadro mucho más amplio y de maravillosa riqueza.—*R. C. M.*

ESPLENDOR Y OCASO DE LOS ROMANOS, por *Ana Wyrubowa*.

Hay cierto desaliento visible en el público que espera revelaciones extraordinarias de los libros escritos sobre la tragedia rusa. Cada uno anhela encontrar ahí la solución de todas sus interrogaciones, y no ve en realidad sino una pequeña parte del misterio: la que los autores mismos han visto. Es natural: cada espectador ve sólo una fracción del panorama, ya que no le es dado al hombre escapar a su medio social, a sus consideraciones familiares o raciales o intelectuales. para dominar el conjunto de los acontecimientos. Por lo demás, los acontecimientos mismos están en tránsito; no se han estabilizado, aun cuando los años de pacífica dominación de Stalin podrían ser considerados ya una base de donde partir para investigar, en forma retrospectiva, la

realidad de la Rusia post-revolucionaria.

Este libro (1), escrito por una dama de compañía de la Zarina, Ana Wyrubowa, con la cual se ensañaron los revolucionarios por considerarla inspiradora de la política pretensamente germanófila de la soberana, no escapa a las limitaciones indicadas más arriba. Es uno de tantos testimonios fidedignos de las personas que tuvieron en Rusia un maltrato abusivo que se explica—pero no se justifica—por el profundo vuelco moral que representó allí la revolución. Pero hay más en este libro: Ana Wyrubowa vivió en compañía de la familia real durante varios años, y en ellos pudo atesorar observaciones psicológicas y morales muy interesantes. Ellas forman lo mejor de esta obra, que se lee con sumo interés por la sencilla dramaticidad de sus escenas.

A través de *Esplendor y ocaso de los Romanof* se advierte, por ejemplo, la vacilante psicología de Nicolás II, dominado ya por la camarilla de sus parientes, ya por grupos políticos que llegan en un caso a arrancarle la constitución de una Duma, es decir, una especie de parlamento democrático. También se dibuja con cierta claridad el carácter de la Zarina, mujer fanática, demasiado madre de familia para soberana de una nación que ofrecía tan complejos problemas a cuantos tuviesen la grave misión de regirla.

Hacia el final el libro se hace un

poco fatigoso por la monotonía de la persecución que sufre la autora por los revolucionarios, tanto bajo el transitorio régimen de Kerensky, como bajo el látigo de los bolcheviques, y ya doblegada por los años y los sufrimientos, huye para que la policía primero y la Cheka después no la sometan a nuevas vejaciones y torturas. Es un relato angustiador, pero, como he dicho, monótono.

Se incluyen en este libro, como apéndice, varias cartas de miembros de la familia real dirigidas a Ana Wyrubowa desde sus prisiones, pocos meses antes del fusilamiento en masa de los últimos Romanof de Rusia. Son documentos de gran valor humano, en que trasparecen las lágrimas de la madre y los incipientes pensamientos de las grandes duquesas y del zarevich, víctimas inocentes de la furia roja. Estas páginas valen por muchas del resto del libro, lo que no quiere decir en modo alguno que este libro sea mediocre o deleznable sino prueba el estupendo valor psicológico de las cartas, que son a veces gritos del alma herida por la fatalidad.—R. S. C.

POESIA

EL ALBA FRÁGIL, por *Fausto Soto*.

Después del título, entre paréntesis, el autor como indicación de su pequeño libro, ha escrito «Diario de Adolescencia» (1). Y ya te-

(1) Editorial Juventud. Barcelona, 1930.

(1) Imprenta «La República». Santiago, 1930.